



## LIBRO SEGUNDO.

### El sitio de Zaragoza en 1863.

#### CAPITULO I.

DE LA LLEGADA DE LOS SEÑORES FRANCESES AL FRENTE  
DE LA CIUDAD DE PUEBLA  
DE SUS PRIMERAS OPERACIONES SOBRE LA PLAZA.

##### I.

La instantánea muerte del general Zaragoza no permitió al bravo caudillo dejar escrito un plan de campaña, toda vez que esperaba el segundo y terrible choque del ejército francés.

Algunas fortificaciones pasajeras mandadas practicar en las gargantas de las cumbres de Acultzingo, indicaban que allí debía hacerse una resistencia sin los honores de defensa de un fuerte.

El general González Ortega que cuidaba como un tesoro la moral de su ejército, rehusó conceder al enemigo una fácil victoria á costa de algunas pérdidas que nada influirían en el ánimo de los franceses, así es que acumuló todos sus elementos en la plaza de Puebla para esperar decididamente al extranjero.

Una junta facultativa de ingenieros, presidida por el coronel Colombres, escribió su proyecto de defensa, que remitido al Ministerio de Guerra, fué aceptado en todas sus partes.

El campo del combate estaba elegido, era necesario prepararlo.

En mí ha resultado la mayor de las dificultades en el arte difícil de la guerra, donde ha pasado como un axioma esa formidable sentencia escrita sobre la frente de las plazas atacadas: *Plaza sitiada, plaza tomada.*

En mí ha planteado el sistema de *fuertes desprendidos ó ais-*



lados, que dan al sitiado la libertad de la iniciativa, librándose batallas en campos retrincherados en la defensa activa de las plazas.

Apoderóse la juventud entusiasta del cuerpo de Ingenieros de aquel terreno, levantó sus planos y con una actividad puesta á la altura de su patriotismo, comenzó sus trabajos bajo las reglas estrictas de la ciencia.

Esas dos cúspides de Granito, teatro de cien combates y cifras gloriosas en la epopeya de la defensa nacional, y que conservarán imborrable la memoria del 5 de Mayo de 1862, se convirtieron en dos fuertes formidables.

Aquellos cerros de Loreto y Guadalupe, bajo cuyas débiles trincheras se había efectuado una defensa tan heroica en los días resplandecientes de Mayo, tomaron un aspecto terrible con sus baluartes, pudiendo establecer en sus baterías hasta cuarenta cañones de sitio y campo, y contener en su recinto hasta tres mil defensores.

La bandera de la república se ostentaba sobre aquellos gigantes muros en la plenitud histórica de su majestad.

Siguiendo hacia la derecha, estaba el fuerte de la Misericordia, conocido con el nombre de *Independencia*, apoyando uno de sus baluartes en las últimas casas de la ciudad.

Como un recuerdo al héroe del 5 de Mayo, se dió aquel nombre colocado como un astro entre dos naciones, al fuerte establecido á la derecha del camino de Amozoc, inclinándose hacia el Sudeste, siguiendo la circunferencia que formaba el perímetro de la plaza y en el mismo sitio donde el general Zaragoza estuvo durante la jornada de Mayo.

El fuerte *Zaragoza* era una obra maestra, sus baluartes daban paso á treinta y seis piezas de sitio y campo, y el número competente de defensores.

Destacábase como una de esas fortificaciones de la edad media, dominando como un gigante la llanura de Teohtimehuacán el fuerte de *Ingenieros*; aquel era el punto de honor del cuerpo facultativo, la cifra de su nombre y de su gloria.

Elegante, magestuoso, bien delineado y sostenido por cuarenta piezas de artillería y dos mil combatientes, era el centinela avanzado en la extensión y el firme y principal apoyo del cerro de Guadalupe, con quien compartiría los honores de una batalla.

Aquí tributamos un homenaje á los hábiles ingenieros Troncoso y Sánchez Ochoa, cuyas figuras se destacan en todas las escenas sangrientas y gloriosas del sitio.

Sobre el mismo trayecto de circunvalación y teniendo por centro el convento del Carmen, ostentaba sus baluartes el fuerte *Hidalgo* con sus veinticuatro bocas de fuego.

Al Este de la ciudad y apoyado en la penitenciaría de San

Javier, se alzaba sombrío el fuerte *Iturbide*, que resistiría más tarde el choque gigante del ejército francés.

Treinta piezas de artillería defenderían sus baluartes, teniendo para las eventualidades de la lucha, los patios y corredores del edificio como una segunda línea de defensa.

Tres mil héroes esperaban la hora del combate sobre los parapetos.

La línea del fuerte terminaba en la obra magnífica de *Santa Anita*, llamado el fuerte *Demócrata*, apoyo de las obras intermedias y del cerro de Loreto.

*Independencia, Zaragoza, Ingenieros, Hidalgo, Iturbide, El Demócrata, Loreto y Guadalupe*, formaban los ocho eslabones que encerraban á la ciudad en una cadena de hierro, que rompería más tarde la mano de la fatalidad.

Los ingenieros que levantaban aquellos monumentos, hoy desbastados por el fuego y la mano del hombre, vivirán con la memoria de aquellos días y con la triste celebridad de acedío de Puebla.

Revueltas, Sánchez Ochoa, Troncoso, Durán, Marín, Emilio Rodríguez, Hernández, Romero y otros, cuyos nombres ha recogido la historia, merecerán bien de la República, sean cuales fueren las vicisitudes que hayan arrastrado en la tormenta indomable de su destino.

## II

Dispuesto el campo de la lucha y ya en tren de batalla, esperaba el ejército la llegada del invasor, cuyas pisadas se dejaban oír muy cerca de la ciudad.

Hay siempre un contraste entre la naturaleza y los acontecimientos que impresiona de una manera incisiva y nerviosa.

¡Cuántas veces en medio de un mar tranquilo, bajo una bóveda de zafiro y al murmullo de las brisas que acarician las rizadas espumas de las ondas, se unde una nave presa del fuego, sola y sin amparo en la soledad callada del Océano!.....

La primavera, cuyo aliento vivificador se hace sentir sobre las últimas huellas del invierno, había convertido las alfombras de oro de los cerros en llanuras de esmeralda.

Los árboles se vestían con la pompa de las primeras hojas y susurraban al son de los ambientes, que pasaban rozando con sus alas el bosque y la montaña.

El Atoyac rompiendo el levísimo cristal de sus hielos, se deshacía en las olas de púrpura que azotaban tumultosas sus márgenes floridas.

El cielo, como una bóveda abrinllantada, cerraba la ex



tensión arrojando su manto allende á la pirámide de Orizaba, que en sus hielos perennes se destaca en el silencio de la atmósfera y confin del horizonte.

Todo era risueño y encantador, aquel lecho de flores servía de túmulo á los que cayeran en la lucha sangrienta que iba á comenzar.

Aquellos campos se teñirían en sangre y las aves de la noche agitarían sus alas en la atmósfera emponzoñada.

La guerra tocaba las puertas de la ciudad.

¡La guerra! ese soplo asolador que quiere hundir á la creación en ese prólogo del Génesis, en las tinieblas de la nada y del olvido, ese genio de maldición sobre la existencia, ese sacrilegio que comparte su odiosidad con la ciencia, que presenta al hombre con una corona salpicada de sangre, como al oído del crimen y de la miseria, haciendo de él un héroe, parece acompañar como una sombra maldita á la sociedad humana.

¿Que quería decir aquella plaza amenazante, aquellos baluartes sombríos, aquella ciudad en guardia?

La hora de Dios había sonado, y el mundo tocaba á muertos ante una nacionalidad próxima á extinguirse.

El cadáver se iba á sacudir, en sus últimas convulsiones, tenía clavado el harpón de la conquista, pero sería terrible en sus últimos momentos, y proféticos en sus evocaciones al porvenir.

Las naciones no oirán juntas el toque de la insurrección, se alzarán al sepulcro de la libertad en la hora solemne de su destino.

### III.

El día 15 de Marzo, los puntos de Amozoc, las Animas y Chachapa, fueron ocupados por el ejército francés. A la mañana siguiente estarían al frente de Puebla.

El ejército de la República se puso en aptitud de defensa.

La línea comprendida entre los fuertes de *Loioto*, *Guadalupe é Independencia*, fué encomendada al general Berriozábal.

El primer fuerte de los mencionados, quedó á las inmediatas órdenes del general Hinojosa, el segundo á las de Gayosso y el tercero á las de Osorio.

La línea comprendida entre los fuertes el *Demócrata é Iturbide*, quedó al mando de Antillón, jefe de la tercera división; y encomendado el primero al coronel Macías, jefe de la brigada de Guanajuato; y el segundo al general Rojo, jefe de las fuerzas de Morelia.

*Hidalgo y Morelos*, se encomendaron al general Francisco Alatorre, jefe de la cuarta división, quedando el primero al mando del valiente y malogrado general Ghilardi, y el segundo á las del coronel Don Miguel Auza.

Los fuertes de *Ingenieros y Zaragoza*, fueron encomendados al general Llave, de gloriosa memoria, quien encargó el primero al general Pinzón y el segundo al inolvidable general Patoni, cuya sangre tibia aún en estos momentos, clama venganza desde su tumba abierta por la más negra de las traiciones.

Al general Mejía se le encargó la defensa interior de la plaza.

Negrete, el arrojado general, cuya fantasía exaltada lo ha llevado á una situación difícil, se puso al frente de la segunda división, y formando la reserva esperó el momento de acudir al primer punto comprometido.

Tal era la actitud de la plaza la víspera de ese día memorable, en que el ejército francés se presentó en son de guerra para obtener reparación á su honor humillado en aquella misma arena y bajo aquel mismo cielo.

Allí estaban los hombres todos del 5 de Mayo, faltaba uno, uno sólo.....el general Zaragoza!

La reparación era imposible!

Podían arrasar la ciudad, clavar su bandera sobre los escombros; pero se detendrían ante la tumba del héroe y se descubrirían con respeto ante la majestad callada de aquellas cenizas, por donde ha pasado el aura embalsamada de la gloria y el soplo omnipotente de Dios.

### IV.

El ejército francés, fuerte de  *cincuenta mil* hombres, se movió decididamente sobre la plaza de Zaragoza.

Los fuertes y alturas de la ciudad estaban coronados de gente esperando la aparición de los invasores.

Los soldados estaban impacientes, los artilleros se paseaban al dolo de sus cañones, los generales no quitaban la vista del camino de Amozoc, por donde comenzaba á dibujarse una polvareda como las primeras nubes de la tempestad.

Dejáronse ver las guerrillas de caballería que escaramuceaban con el enemigo, que destacaba las suyas á la vanguardia de sus columnas.

Parecía que aquellas nubes empujaban al viento, que co



menzó á discurrir en la llanura y á acariciar los estandartes de los reductos.

A las nueve de la mañana, el enemigo, con fuertes columnas de las tres armas, resguardadas en sus flancos y en tren completo de guerra, entró por la vía del Este y se descolgó en la llanura como una serpiente mónstrua de acero.

Aquel cañón histórico, que un año antes había anunciado la presencia del ejército francés, tornó á saludar á los vencidos del 5 de Mayo en su pompo alarde militar.

La detonación partió de la cumbre de Guadalupe, y recorrió con su eco siniestro las montañas y la llanura.

Al estallido gigante, respondió un viva á la independencia, salido de todos los pechos, con la efusión purísima del patriotismo, un golpe de música resonó en todos los fuertes, y el himno nacional se dejó oír como el primer canto de guerra.

Entonces hubo un espectáculo marcial dado por el ejército francés en su galantería de batalla.

De la columna invasora se desprendió una batería arrasada por dobles tiros de caballos normandos, que atravesó como un huracán la llanura, hasta pararse atrevida frente al baluarte de Guadalupe, dentro de tiro.

Aquellos valientes plantaron la bandera de su nación sobre la arena, y descargaron sus piezas, devolviendo el saludo de la plaza que lo repitió instantáneamente, sin curarse de herir al enemigo.

Los artilleros regresaron pausadamente hasta colocarse en la columna, á la retaguardia de los cazadores de africa que llevaban la vanguardia, seguía en su pos el segundo de zuavos, después no se podían distinguir los cuerpos, porque su masa compacta, seguía desfilando como un torrente en medio de aquel valle.

Los soldados de la primera y desgraciada expedición, señalaban á sus compañeros la cumbre de Guadalupe, y los nuevos batallones veían con curiosidad y respeto, plegando el ceño, el campo donde su bandera había sufrido una derrota.

El nombre de Zaragoza se murmuraba en silencio en los dos campos.

El ejército hizo alto al pié de los cerros de Amalucán, después de su gallardo saludo, con el que parecía decir: he llegado, y abro mis operaciones hoy 16 de Marzo de 863, décimo aniversario del nacimiento del príncipe imperial Eugenio Luis Napoleón.

## V

Los cerros de Amalucán y las Navajas, puntos de apoyo y flancos del enemigo, fueron fortificados á la lijera.

Avanzó una división por la derecha y acampó entre el pequeño bosque del Norte de Puebla y fuera de tiro.

Otra división se estableció sobre una pequeña loma, y apoyando su extremo ó cabecera sobre el grueso del cuartel general.

Derprendiéronse del campo francés tres columnas con tiradorss á su frente y con dirección al cerro de Guadalupe, á cuyo pié hicieron alto.

Permanecieron en aquella actitud hasta entrada la noche.

La tarde era serena, ligeras brisas llevaban por intervalos al campamento francés el grito de guerra que se desprendían de los baluartes republicanos.

El sol comenzaba á caer y sus últimos destellos, hiriendo los celajes de Occidente, los coloreaba de púrpura y ópalo como para engalanarlos en aquellos últimos instantes, y presentándolos á la vista del extranjero en una lujosa ostentación de nuestra zona tórrida.

La tarde espiraba entre un perfume desprendido de los bosques y las llanuras, envolviéndose en las gasas de una noche clara y abrillantada.

Los visos crepusculares daban un aspecto severo y aún triste á las innumerables tiendas que como parvadas de águilas se agrupaban en la falda de los cerros y accidentes de la llanura.

Cayó la noche y todo quedó envuelto en su silencio.

Las fogatas comenzaron á marcar los campamentos y á su luz relumbraban las armas puestas en pabellones.

Sólo se oía el grito de los centinelas, á los que respondía la voz de "¡alerta!" de los soldados de los baluartes.

## VI

—Estos malditos gabachos nos preparan una de todos los diablos, decía el Capitán Martínez atusándose los bigotes.

—Sí, mi capitán, contestaba el teniente Quiñones rascándose una oseja, la embestida á de ser de toro matrero, es no.



cesario estar alerta; porque jugamos el pellejo nada menos.

—Esto no importa, el mío no ha de servir para guardar vino, pueden agujerearlo á la hora que se les antoje.

—No es esa la cuestión, mi capitán, se trata de la patria.

—Eso es otro tinglado, allá los que vean el fin de la fiesta; porque yo creo que aquí espichamos como pájaros; porque estos gabachos pasan por sobre nosotros antes que tomar un solo punto de la plaza.

—¿Y cree usted que atacarán mañana?

—Esa no es cuenta mía; pero si se la hechan de valientes se encuentran con nuestras bayonetas, á lo que temo es á un sitio.

—Soy de la misma opinión, quisiera que la *rifaramos* de una vez, me impacienta esperar, más que si me tirara el demonio de esta oreja.

El teniente Quiñones tornó á tirarse de la oreja, mártir en sus gustos y aficciones.

—¿No ha oído usted nada en el cuartel general?

—Fuí á recibir órdenes y sólo pude escuchar, que todos están en la creencia de que al amanecer es el ataque.

—No lo crea usted mi capitán, estos colmillos de bronce que les hemos enseñado, los han de hacer pensar mucho en el negocillo.

—Ya lo creo; pero no todos pensamos lo mismo, á nosotros no toca obedecer y nada más.

—¿Quién vive? gritó el centinela del baluarte.

—Yo, Manolo Balboa, respondió el andaluz.

—Ya está aquí, mi asistente, dijo Martínez, seguramente hay alguna novedad en la casa.

—¿Dónde está mi capitán?

—Por aquí, bruto, por aquí.

—¿Es usted?

—Sí, ¿se ofrece algo?

—Sí, hay una señora que quiere hablar con usted.

—¿Comigo?

—Sí, mi capitán.

—Ha de ser esa maldita bruja que quiere que la habilite para poner una fondita.

—No, mi capitán.

—Ah! ya; ya caigo, es la trompeta de la artillería, no es mala ocurrencia! figúrese usted, teniente Quiñones, que ha dado en que me ha de lavar la ropa, y no tengo más camisa que la que llevo al cuerpo, y eso no completa; porque le falta una manga.

—Que no es eso, señor capitán.

—Pues entonces, ¿qué demonio?

—Es una señora muy principal que desea decirle un secreto.

—¿Señora principal? mira, Manolo, que te equivocas como un podeneo.

—Vea usted, señor, si no es cierto, me da usted una de aquellas que usted sabe.

—¡Mira, Manolo que me la pagas!

—Por Santiago, que digo la verdad.

—¿Y donde me espera?

—Dice que pasado mañana irá á buscar á usted.

—Puede que me busque entros los muertos.

—Todo puede ser, mi capitán,

—¿Y ya echastes de cenar?

—¿A quien, á los muertos?

—¡Animal! al caballo.

—Sí, señor desde tempranito.

—Bien, lárgate á cuidar la casa.

—Al momento.

—¿Qué me querrá esa dama? estoy divertido, con esas citas, cuando los franceses están á la vista; en fin, veremos y diremos.

—Si usted gusta, mi capitán, de darme sus poderes.....

—Yo no sé dar otra cosa que machetazos, conque si usted gusta.

—Muchas gracias.

—Esa dama me trae inquieto, lo cual no obsta para que echemos un sueño, porque me parece que al amanecer se arma la jarana.

—Durmamos, capitán, y no hay que pensar más en la chica.

El capitán y su compañero se acostaron en la piedras del fuerte, y durmieron como si se hubieran reclinado en una otomana.

## VII.

Al amanecer del día 17 se dejaron ver las fuerzas del general Comonfort por las lomas de Uuranga, esperando que los franceses atacaran el fuerte de Guadalupe y poderlos envolver por uno de sus flancos.

El enemigo prolongó su línea de batalla por izquierda y derecha, apoyando su movimiento en fuertes columnas de las tres armas.

Su marcha la ejecutó lenta y pausadamente y con todas las precauciones de la guerra.

La plaza dió aviso á Comonfort de las posiciones que ocupaba el ejército invasor al anochecer.



A las doce de la mañana del día 18 la ciudad de Puebla, en un radio de legua y media, estaba circunvalada por cuarenta mil franceses y las fuerzas mexicanas adheridas á la intervención.

Las columnas de la derecha avanzaban lentamente, y las de la izquierda con más actividad; formaba la reserva la división Bazaine y uno brigada á las órdenes del cuartel-maestre.

A la una en punto, y ya cerca del cerro de San Juan, la división de vanguardia tocó paso velóz, y poco tiempo después se vió avanzar por la falda un batallón de zuavos y trozos de caballería que trabaron instantáneamente un reñido combate con las caballerías mexicanas.

A las tres de la tarde el cerro estaba ocupado por más de diez mil hombres, y sobre su cúspide ondeaba la bandera de la Francia.

Pocas horas después una batería anunciaba la llegada del general Forey y el lugar que se designaba como cuartel general del ejército expedicionario.

## CAPITULO II.

### DEL ZIG-ZAG INTERNO Y DEL ZIG-ZAG EXTERNO.

#### I.

El plan de operaciones discutido en la junta de ingenieros y aprobado por el gobierno, había determinado el sistema de fortificación, que como hemos dicho, consistía *en fuertes aislados*, para librarse batallas en *campos retrincherados*.

Ese plan tan hábilmente combinado, fué puesto en desuso precisamente en los momentos terribles en que debía comenzar la sucesión de combates, que resolvieron el sangriento problema de la ocupación de Zaragoza.

Los franceses, al ver el aspecto de la plaza, esperaron y con razón, que los sitiados tomaran la iniciativa, como lo indicaron sus primeros movimientos.

Esperaron en vano, aquellos fuertes eran de todo punto inútiles ya que se estaba en el error de convertir en plaza fuerte una ciudad sin elementos para serlo.

En vano se intentó por algunos jefes decidir al general Ortega á batir la vanguardia francesa; influenciando por otras opiniones, se rehusó á efectuar una salida y disputara al ene-

migo el cerro de San Juan, punto marcado para la primera batalla.

Ortega es arrojado, valiente, decidido; pero el temor de comprometer á la nación entera le hizo concretarse á una defensa *pasiva*.

El plan de los ingenieros estaba borrado; pero la tropa, que no comprendió del momento lo que acontecía, levantó una grieta terrible hasta que los ingenieros cerraron la línea ya al frente del enemigo, dándole á la ciudad los honores de una plaza *fuerte*.

Desde aquel momento la plaza estaba perdida.

Un ejército que se encierra desperdiciando sus elementos de defensa, no lo salva ni la abnegación, ni el heroísmo, ni el valor.

Los franceses leían en los baluartes una doctrina, y veían que el ejército no era consecuente con su plan de defensa.

Dos días provocaron la salida de los republicanos, acercáronse después al cerro de San Juan, que estaban seguros de tomarle á viva fuerza, silencio y siempre silencio.

Acabaron por posesionarse de los mejores puntos, establecieron sus baterías de morteros, y se abrió por fin la campaña decidiéndose á sitiar la ciudad.

Los que creyeron ver al ejército francés lanzarse á pecho descubierto sobre nuestras baterías como en la jornada de Mayo, se engañaron miserablemente; era un candor pensar que Forey se empeñaba en la toma del cerro de Guadalupe como revancha de la derrota de Laurencez.

La jornada de 62 enseñó á los franceses mucho, convencieron del peligro grande que hay en despreciar al enemigo y salirse de las reglas de ciencia militar.

En aquellos momentos sitiarian con todas las precauciones del arte, y se avanzarían con el compás en la mano sobre las fortificaciones.

El alambre telegráfico quedó cortado y con él toda comunicación con la capital.

#### II

El 20 por la mañana, á la salida del sol, comenzó el bombardeo.

Dos baterías de morteros abrieron sus fuegos, llegando sus proyectiles al centro de la plaza, que ya á la mitad del día habían causado grandes destrozos en los portales y otros edificios.

Una división enemiga se movió sobre el pueblecito de San



Diego, que se encuentra al S. O. de Puebla y á media legua de distancia.

Empeñóse un combate con las fuerzas de caballería, que le disputaron la posesión durante media hora, quedando más de cien hombres fuera de combate.

El comandante Romero murió combatiendo cuerpo á cuerpo con los cazadores de Africa.

Ya hemos visto establecer en el pueblo de Santiago tres minas perfectamente dispuestas, bajo la dirección del ingeniero Revueltas: este bravo militar esperó la llegada del enemigo, pero al poner fuego sobre el alambre, lo encontró cortado, y los franceses ocuparon impunemente la población.

Forey, establecido frente al baluarte de San Javier, y apoyado en el pueblo mencionado, determinó perfectamente su ataque sobre el reducto.

Por la noche se comenzaron á percibir como exhalaciones desprendidas de la tierra, los farolillos de los ingenieros que reconocían el campo.

Los ingenieros mexicanos comprendieron al instante que los trabajos facultativos comenzaban, y que en aquellos momentos se hacían los trazos de las primeras líneas de ataque.

En las altas horas de la noche se oían distintamente los golpes y de la zapa tenaces y perseverantes, abriendo un gran camino cubierto que debía conducirlos al establecimiento de la primera paralela.

La luz del día vino á confirmar el parte que los ingenieros habían dado al cuartel general, de haber observado las operaciones del enemigo, que había concluido sus trabajos para el establecimiento de su línea.

Dos grandes ramales de caminos cubiertos venían á reunirse en uno solo, el primero partía del pueblo de Santiago y el segundo comenzaba en la falda S. E. del peñón de San Juan, y ambos se juntaban en el que debía conducir á la paralela.

La tierra que constantemente despedían los trabajadores en los terrenos en que estaban repartidos, anunciaban claramente que había más de diez mil hombres ocupados en las operaciones de zapa, revelando la suma actividad del enemigo en sus trabajos del sitio.

El ejército mexicano estaba de espectador.

Sabido es que las obras de *contra-aproche* son opuestas á los trabajos del enemigo obras que deber partir del *glásis* de los fuertes para enlazar al sitiador y apoyar las constantes salidas que tienen que hacerse y que constituyen una defensa *activa*.

Por la tarde, las caballerías escaramuceaban por distintos puntos en encuentros parciales sin resultado decisivo.

Los ingenieros trabajaban con tanta actividad, que á la mañana del siguiente día se encontraban á 1,200 metros del

fuerte de San Javier y se dirigían á establecer su primera paralela.

Más de 15 mil hombres acudían con sus palas y zapapicos á aquel terreno, lo indios de Cholula y pueblos inmediatos eran arrastrados al campo para ayudar á los trabajos.

Por el rumbo de Teotimehuacán avanzaban todas las noches los zuavos tomando posiciones por medio de foso, y hostilizando constantemente á las fuerzas mexicanas; lo mismo hacían en distintas direcciones, aproximándose más y más á los reductos sin que la plaza diese señales de vida en espera de que el enemigo se pusiese al alcance de sus cañones y sin pretender salir á su encuentro.

Los jefes superiores contenían el ardimiento de los jóvenes generales y de sus soldados, que se sentían presos y encadenados tras de los parapetos.

### III.

A la madrugada del 22, sobre la primera paralela de la línea de ataque, flameaba la bandera francesa, apoyando su asta en el centro de doce piezas de batir.

Por los caminos cubiertos y como las espigas de un sembrado, salían las bayonetas de los sitiadores que yacían ocultos teniendo por apoyo la formidable batería de brecha.

A la derecha y sobre el extremo del ramal que péndía del pueblo de Santiago, y como á 2,000 metros del fuerte de San Javier, se distinguía otra bandera al frente de una batería rayada, cruzando sus fuegos en el ángulo agudo con los de la primera paralela.

Por el camino recto que viene de la garita de México, tres piezas enfilaban la avenida hasta la plaza, sin estorbar los fuegos de elevación de los morteros que estaban á retaguardia.

A doscientos metros, otras tres piezas rayadas pretendiendo enlazar el baluarte y cortina de San Javier por la parte Nordeste.

El sol se había elevado algunos grados en el círculo del horizonte, y dentro de algunas horas comenzaría el fugo de la artillería de brecha.

El fuerte de San Javier contaba con dos mil defensores, listos á repeler la fuerza con la fuerza.

Sánchez Ochoa era el comandante de ingenieros y á su lado se agrupaban Mariscal, Rodríguez, Troncoso, Ramiro y Hernández, que tanto se han distinguido por su valor y capacidad.

La bandera mexicana flameaba en los fuertes, y en cada



baluarte y cada batería, se desplegaba el gallardete rojo símbolo de guerra; la vista era conmovedora y sublime para todos aquellos valientes que se disputaban el honor de morir los primeros en defensa de su patria.

La primera paralela abre de súbito sus fuegos, siguiendo las baterías adyacentes, y el fuego por elevación de los morteros, es alternado entre la ciudad y la plaza del fuerte.

—¡Viva la libertad! ¡viva la independencia! fueron las voces que contestaron á aquella tormenta de fuego en sus primeras denotaciones.

Aquel grito corrió por el telégrafo del entusiasmo en todas líneas y parapetos, era el saludo de la muerte, el himno de alabanza al dios implacable de la guerra.

Las músicas y las bandas tocaban el himno nacional, acallando el grito dolorido de los que caían en la arena al golpe de los primeros proyectiles.

El fuego era espantoso, la plaza contestó con sus baterías al llamado de sus adversarios.

El estrago comenzó á sentirse en el baluarte que estaba al frente de la primera paralela; la lucha iba á efectuarse, dos piezas habían sido desmontadas.

En esos instantes aparece Sánchez Ochoa seguido de sus ingenieros, los artilleros los reciben con vivas de entusiasmo, entonces Ochoa grita á sus oficiales:

—¡A tapar la brecha, ingenieros!

Y aquella juventud denodada se lanzó á la muerte, seguida de los zapadores, y llevando de continuo gaviones y sacos á tierra.

El fuego seguía implacable; pero el estrago era reparado al instante.

Media hora después, la brecha estaba cubierta, y el valiente Platón Sánchez reemplazaba la artillería desmontada.

El bravo soldado condujo dos piezas y el combate se renovó con más empeño.

Después de dos horas de fuego de brecha, los clarines franceses tocaban alto, y ese silencio que sucede al peligro, fué imponente.

Los revestimientos de los baluartes y cortinas, se veían aun cubiertos por las nubes de polvo y humo que acababan de arrojar las baterías del fuerte.

Veinticuatro piezas de á doce y dos batería de morteros habían jugado sobre la plaza y fuerte de San Javier.

Más de cien cadáveres estaban tendidos en el recinto de la plaza, y la ambulancia no cesaba de conducir á los heridos.

Aquel momento terrible, no era más que el prólogo de los mil combates que debían preceder á la toma de Puebla.

## IV.

Luego que cayó la noche, el capitán Pablo Martínez se dirigió á su alojamiento, donde lo esperaba la dama desconocida que dos días antes había citado al bravo guerrillero.

Manolo Balboa estaba á la puerta esperando al capitán que venía cubierto de polvo.

—¿Cómo la ha pasado mi capitán? preguntó el andaluz.

—Perfectamente, nos han abierto un boquerón en las cortinas del fuerte; pero ya está cubierto, no hay cuidado.

—He visto muchos heridos.

—Como que los franceses no tiran con mamones ¡canario! dos horas de bombardeo no las aguanta ni Satanás, se necesitan entrañas; pero nos hemos de comer el gallo.

—Yo creo que más es el ruido que las nueces

—Mira, Manolo, de aquí nos vamos juntos á San Javier para que veas de cerca el jaleo.

—No, mi capitán, con que usted lo diga basta.

—Te juro por mi general Zaragoza, que te llevo de las orejas á la hora del fuego; y si te matan que Dios te perdone.

—¡Perdón, mi capitán!

—No te saca de mis uñas ni tu reina Isabel II.

—¡Perdón!

—Esta noche vas á San Javier quieras ó no.

—Comasión, mi capitán!

—Mira, Manolo, primero levantan el sitio los franceses, que yo deje de llevarte al matadero; hablemos de otra cosa, ¿dónde está esa señora que me busca?

—Allí está un criado que espera las órdenes de usted, mi capitán.

—Dile que avance la señora, y pronto, porque no tengo mucho tiempo disponible.

Salió Manolo y envió aviso á Doña Blanca.

Martínez se puso en tren de visita, sacudió con su pañuelo la tierra que cubría su chaqueta, se limpió la frente y esperó impaciente la llegada de la desconocida.

## V.

Al cuarto de hora entró Manolo apresuradamente diciendo:

—Aquí, aquí está la señora.

—Pues que entre.

Doña Blanca se presentó en la estancia cubierta con el velo de su mantilla.



—¿Es usted el capitán Martínez?  
—Servidor de usted, señora; siéntese usted y dispense lo pobre de ésta, pero Martínez no tiene más muebles que su espada.

—Perfectamente, ¿estamos solos?

—Sí, señora.

—Es que pudiera comprometerme si alguien escuchase lo que tengo que decir á usted,

Levantóse el guerrillero, salió hasta el corredor, llamó á Manolo y le dijo:

—Si dejas acercar á alguno á esta pieza, te doy una zurribanba de palos, y vas en camilla á San Javier.

—Está bien, mi capitán.

Volvió el guerrillero al lado de Doña Blanca.

—Estamos perfectamente solos, la dijo, y esperó que hablase.

—Soy mexicana y estoy interesada en el triunfo de nuestra causa.

—Yo lo mismo, señorita, y me alegro encontrar un corazón verdaderamente patriota.

—Bien, ¿y usted cree que los franceses tomen la plaza.

La pregunta era á quema ropa, y Martínez se quedó atarantado.

—Decía, continuó Doña Blanca, que si la opinión de usted era que los franceses saldrán triunfantes en este empeño.

—Yo no sé de cosas de guerra, ni de planos, ni de dibujo; pero el corazón me dice que debemos pelear hasta morir.

—Eso es muy patriótico; pero yo le hablo al señor capitán en el terreno de los hechos.

—Eso sí, es un zig-zag como llaman esos señores facultativos, y usted me estrecha á pensar en lo que no quiero.

—Llegará ese momento en que será necesario emitir una opinión, porque los sucesos se adelantan.

—Nada comprendo de lo que usted me dice.

—Voy á ser explícita con usted, capitán:

—Lo espero, porque ya mi sangre empieza á subirse á la cabeza y estoy atarantado.

—Capitán Martínez, la plaza de Puebla va á caer irremisiblemente en poder de los franceses.

—Pues bien, Señora, yo no me lo quiero decir, pero lo veo, sus trabajos adelantan á pasos de gigante, la segunda paralela la establecen en estos momentos, y después la tercera y luego estarán sobre los baluartes y llegarán á posesionarse de la ciudad; pero eso yo no lo presenciare, porque siento morir solo al pensarlo.

—No tengo más que añadir á ese cuadro exacto que le presenta á vd. su imaginación, sino que verá caer en la arena á sus más queridos jefes, que la sangre seguirá corriendo á to-

rrentes sin éxito favorable, y que después de tantos sacrificios la derrota vendrá inevitable con todos sus horrores.....Sí, capitán Martínez, los que sobrevivan á esa catástrofe, serán muchos prisioneros, y vejados y encerrados en las masmorras de los castillos, arrastrando la vergüenza y la ignominia.

—¿Y qué tengo que ver yo con todo eso, señora?

—Que acaso en sus manos está evitar en parte estos estragos.

—¿Y yo quien soy, señora, para oponerme á los acontecimientos? oscuro capitán sin otra divisa que el repeto á mis jefes, y las simpatías entre mis compañeros, nada puedo hacer sino morir al pié de mi bandera.

—Y si alguien pudiera asegurar que entregando el fuerte de San Javier se salvaba el ejército....

—¡Señora! gritó Pablo Martínez, yo no conozco á vd., ni sé á que ha venido; pero esas palabras me asustan más que me ofenden.

—Caballero, si propone vd. á sus compañeros la entrega de cualquier punto de la plaza, evita la efusión de sangre y la muerte que amenaza terrible al ejército de la República.

—Yo no tengo nada que hablar, hemos concluido.

—Si vacila vd. por falta de recursos, tiene vd. á su disposición todo el oro que necesite.

Alzóse entónces el guerrillero con toda la energía de su dignidad ultrajada, y encarándose á Doña Blanca, la dijo con voz trémula y balbuciente:

—Señora, la pobreza tiene su orgullo; vea vd., no tengo más ropa que estos girones cubiertos con el polvo de las trincheras; estoy miserable; pero mi honor hasta hoy no tiene una sola mancha, por eso conservo el aprecio de todos; si mi situación que en estos momentos es triste, la faculto á vd. para proponerme una infamia; se está vd. equivocando, yo no he querido recibir paga por que no se crea que lucho por interés, y estos harapos son mi gloria; no, yo no puedo cometer una acción tan ruin, ni creí jamás que se me propusiera.....vd, no me conoce y al fin es vd, una señora, yo le perdono sus palabras que verdaderamente me han hecho mal.

—Capitán, yo no me he explicado bien, vd, vé en esto una traición, y á su vez se equivoca; porque el miedo á la sangre es lo que me ha impulsado á dar un paso que ahora conozco es imprudente, puesto que trastorna el sentido de mis palabras.

—Yo no sé si habré echo mal; pero mi honor me dice que bajo ningún pretexto debo vender á este ejército que lucha de una manera tan heroica por salvar este suelo, este suelo donde también he nacido.

—Por él me intereso, capitán, que no ciege á vd. el espíritu de patriotismo; véamos la luz y no nos abeequemos, ¿qué ganará México con una defensa estéril? la muerte de sus me



jores hijos, la pérdida de sus intereses y matar las fuentes que pudieran servirles mañana para salvarse.

—Todo, todo es cierto; pero yo no seré el que deba salvar á mis compañeros de esa manera ni por ese camino; prefiero esperar una desgracia cierta y no manchar mi nombre.

—Puesto que no nos entendemos, hemos concluido; dentro de algunos días vd. me buscará, cuando ya la plaza esté reducida á escombros y la muerte asome por los parapetos derribados y entre las ruinas de la ciudad.

—No lo espere vd. señora, porque acaso no sobreviva á esa desgracia.

—Adiós, capitán, piénselo y nos veremos.

El guerrillero saludó á Doña Blanca, y la dama salió del aposento bajo el espeso antifaz que cubría del todo su semblante.

## VI.

—Aquí hay traición, los franceses tienen aquí emisarios, y en un descuido nos entregan como á carneros.

El guerrillero dudaba si debía dar parte á su general, pero le detenía el aparecer como un *denunciante*, aun cuando fuese en servicio de su patria.

Los corazones generosos huyen por instinto de ciertas acciones que pueden arrojar una mancha en el puro cielo de la conciencia.

—Me parece, decía Martínez, que este Manolo trae algo en este negocio; si lo pillo en un renuncio, lo pongo al frente de una batería, hasta que lo maten.....

—¡Manolo! ¡Manolo!

El andaluz entró pálido como la muerte.

—¿Conoces á esa señora del velo?

—Lléveme el diablo si la he visto más de dos veces.

—¡Mira, Manolo, que te corto una oreja!

--Puede mi capitán cortarme lo que guste, no por eso será menos verdad lo que le digo.

—Manolo que te doy una tunda.

—Pues señor, esto sí se llama estar fastidiado.

—Parte en accho de esa señora, y vuelve á decirme donde es su casa, si no, té desuello vivo.

—Estoy salvado pensó Manolo, y sin esperar la repetición de la orden, salió del aposento como alma que se lleva el diablo.

Esto pica en historia, el ejército puede minarse en un descuido y yo debo estorbarlo á costa de mi vida si es posible.

Asomose al balcón, tocó las manos, y al ruido volvió Manolo ligero como un ciervo.

—Muchacho gritó el capitán, dí á la persona que acaba de salir, que vuelva al instante.

Manolo echó á correr como un desesperado.

—Traición por traición, dijo el guerrillero; me han humillado, me han querido comprar, pues bien, esto mismo puede hacer que á esos gabachos se los lleve el demonio; sí, me vengaré de una vez, me la van á pagar todos juntos.

Martínez se paseaba á grandes pasos y en su mirada lucía un rayo siniestro, relámpago lúgubre del pensamiento.

—Eso, eso es, decía el guerrillero, se estrellarán como el agua en las rocas de las *olas altas*, allí las he visto hacerse pedazos. Vamos que estoy dispuesto á jugarles una que puede costarles el pellejo; esta gente no sabe quien soy, no faltaba más, que yo, el capitán Martínez, que he visto morir al general Zaragoza, ahora vendiera á mis hermanos! ya verán lo que les pasa. Me parece que suben la escalera, sí, es la dama,

## VII.

Doña Blanca entró orgullosa de su triunfo en el aposento mientras Manolo, como un sabueso, husmeaba por una rendija de la puerta por si podía atrapar una palabra.

—Y bien, capitán, se aventuró á preguntar la condesa, queriendo evitar á Martínez la pena de la primera palabra.

—Señora, he reflexionado sobre lo que usted acaba de decirme.

—Al fin ha comprendido usted todo el horror de la situación.

—Sí, la toma de la plaza es indefectible, y es necesario salvar á mis compañeros.

—¿Luego aceptará usted el plan que el he propuesto?

—Quiero oírlo detenidamente.

—Voy á explicarme: Mañana en la noche entran al baluarte de San Javier los batallones donde están todos los amigos íntimos de usted.

—Es cierto.

—Les habla usted de una manera que no pueda comprometerle.

—Bien.

Les hace usted presente las graves consideraciones de conveniencia pública y privada, que hacen forzosa la entrega del fuerte.



—¿Y los generales, señora? observó Martínez, como teniendo un último escrúpulo.

—Serán considerados por Forey, y enviados á Francia, donde se les dispensarán las mayores atenciones.

—¿Y eso será cumplido?

—La palabra de una dama, caballero, puede parecer demasiado poco, pero ahí tiene usted un pliego en blanco firmado por el comandante en jefe de la expedición, haga usted de él el uso que le convenga.

La condesa entregó al guerrillero el papel, que éste recibió fingiendo una timidez que estaba muy lejos de influenciarlo.

—Tiene usted además en esta cartera, billetes por valor de cien mil pesos para repartir entre los oficiales.

—El guerrillero los tomó temblando, porque la ira estaba próxima á estallar.

—Ahora, dijo la condesa, es necesario seguir al pié de la letra mis instrucciones.

—Yo escucho, dijo Martínez, pálido de coraje.

—Hoy queda establecida la segunda paralela, y mañana al anochecer se arrojarán los franceses sobre el fuerte.

—Bien.

—Hará usted clavar las piezas, los oficiales gritarán "traición," y los soldados, cediendo á esa palabra huirán en medio del desorden.

—Está bien combinado, dijo Martínez ahogándose de rabia.

—Todo es demasiado sencillo, depende de clavar las piezas, lo que puede ejecutarse con poner de acuerdo á tres ó cuatro individuos; después del asalto nos veremos para llevar á cabo este negocio.

—Estamos arreglados.

—Agitada por tres veces una linterna por el baluarte de la derecha, ésta será la señal de asalto.

—Sí, respondió Martínez, estoy enterado perfectamente, clavaré las piezas y agitaré por tres veces la linterna en el baluarte de la derecha.

—¿Nada se ofrece, capitán?

—Nada, señora.

—Adiós, si el éxito se logra, el porvenir de usted corre de mi cuenta.

—Gracias, señora.

—Adiós.

—Adiós.

## VIII.

Luego que los pasos de la dama se perdieron en los corredores, el capitán se volvió con desesperación por la puerta por donde acababa de desaparecer la condesa, y gritó:

—¡Cien carretadas de demonios con las malditas mujeres! son capaces de voltear el mundo al revés, estoy que ardo como una bomba de á trescientas pulgadas, esta audacia no tiene nombre: ¡vive Dios!... esta cartera me está quemando la mano.

Después de reflexionar un momento, dijo:

—Si alguien supiera que yo poseo esta cantidad, pudiera denunciarme y creerse que vendía al ejército, y sería yo ahorcado en medio de las maldiciones de toda la ciudad y el ejército. ¡Juro por la memoria de mi general Zaragoza, que esta cartera saldrá del cañón con el primer disparo!

Puso la cartera sobre la mesa donde estaban sus armas y salió al corredor á gritar á su asistente, porque el fuego comenzaba á oírse menudear en todas direcciones.

No bien Martínez se alejó, cuando Manolo que todo lo había escuchado, entró violentamente al aposento, tomó la cartera, sacó los billetes substituyéndolos con algunas cartas que él llevaba en la bolsa, y se alejó á depositarlos perfectamente atados en un pañuelo, en el mismo sitio donde guardaba su tesoro.

Regresó el guerrillero, guardó la cartera con sumo cuidado, bajó las escaleras, montó en su caballo y se alejó á todo escape rumbo al fuerte de San Javier.

## CAPITULO III

## DEL PRIMER ASALTO SOBRE LA LINEA.

## I.

El capitán Martínez llegó á la Penitenciaría y llamó á uno de los jefes de más confianza para comunicarle la tentativa hecha por la Condesa sobre entrega del fuego.

Alarmóse el amigo del guerrillero, porque estaba seguro de no ser el capitán el primer invitado á traicionar, y no había ya un momento seguro toda vez que la desconfianza se introducía en las filas del ejército.